

Masculinidad y envejecimiento: algunas reflexiones¹

Juan Guillermo Figueroa Perea

Introducción

Yo no soy enfermero ni trabajador social, no soy de las personalidades ni de las profesiones que tradicionalmente trabajan en el sector salud, sino que soy un inocente filósofo y sociólogo que trabaja desde hace algunos años sobre masculinidad. Yo quisiera proponerles una serie de reflexiones sobre masculinidad y envejecimiento, que fue sobre lo que me pidieron que hablara pero no en la lógica de lo que acabamos de escuchar en la sesión anterior en términos de cómo cuidar, de cómo acercarse o de cómo procurar de la mejor manera y de manera digna a las personas en proceso de envejecimiento.

Yo quisiera proponerles una reflexión, creo que abismalmente diferente; quisiera proponerles *cómo dialogar con los viejos*, cómo dialogar, cómo escuchar, cómo retomar la experiencia vivida a partir de los errores, de los aprendizajes, de los logros, sin caer en una lógica de bondad y de maldad, si no en una lógica simplemente de después de los años vividos, así, literalmente después de los años vividos, ¿qué podrían decirnos, qué podrían contarnos y *qué podrían revisar de sus experiencias en el ámbito de la masculinidad* en particular?

Lo que yo estoy tratando de proponerles es un muestrario de reflexiones; es decir, un conjunto de hilos que podríamos empezar a jalar de cómo reconstruir la experiencia de ser hombre, pero no únicamente cuando uno llega a viejo porque siendo filósofo, no tengo nada claro en qué momento uno empieza a ser viejo. Aquí voy a recurrir a un filósofo que poca gente conoce como filósofo, más lo conocen como autor de una canción o de múltiples canciones, que es Joan Manuel Serrat. Una de las cosas que dice Serrat al final de una canción que se llama *Llegar a viejo*, es que la vejez sería abismalmente diferente si todos reconociéramos (todos y todas reconociéramos) que tenemos un viejo encima, pero no alguien a quien cuidar externo a nosotros, si no nosotros mismos que nos vamos envejeciendo, como lo propuso hace rato una persona.

1. Todos llevamos un viejo encima

Quisiera invitarlos e invitarlas a pensar en los minutos que me van a acompañar, ojala que sea hasta que yo termine y no se me vayan antes; una de las cosas que quisiera invitarlos es a conversar con una persona vieja, y cuando digo vieja lo digo en el sentido más digno de mundo, una persona vieja, una persona que ha vivido muchos años o algún número de años. ¿No sería factible, razonable, interesante, pedirle que revisitara, que tomara distancia de su experiencia en la salud, en la sexualidad y en la paternidad, y que dialogara,

¹ Transcripción *NO EDITADA* de la presentación hecha durante el **SIMPOSIUM “BIOÉTICA Y ENVEJECIMIENTO”**. *Envejecimiento activo y saludable*, celebrado en el Hospital General de México, del 3 al 5 de noviembre de 2008.

jugando un poquito con la *ciencia ficción*, si pudiera volver a empezar, *qué cosas viviría diferente?* ¿Qué cosas de las que le contaron en la niñez o en la adolescencia a través de mensajes explícitos, o a veces no tan explícitos, replantearía? ¿Por qué no aprendemos de la experiencia acumulada de estos colegas, hombres y mujeres? Aunque en este caso me voy a referir mucho más a los hombres.

Una de las imágenes que yo quisiera plantearles, y no es demagogia, es que radio UNAM, durante varios años, tuvo un programa de radio que se llamaba *La voz de la experiencia*, y en ese programa no se pretendía hablar de la vejez, se pretendía hablar con la vejez, y lo que se empezaba a hacer siempre, al inicio del programa, era decir que la vejez era el privilegio de los años, y que la vejez posibilitaba, y posibilita, el tomar distancia de la experiencia vivida, pero *la experiencia vivida es uno mismo*, y cuando uno toma distancia de sí mismo, uno a veces se pregunta, como aquella canción famosa francesa “Volver a empezar”, *¿podría volverse a empezar?* Obviamente que en la realidad no se puede, pero en la reflexión sí se puede y una de las posibilidades de volver a empezar, es que uno empieza a desmentir los cuentos que le contaron de pequeño. Es que a mí me dijeron y viví, pero así no era la realidad *¿qué hago antes de irme?*, *¿desmiento lo que me dijeron o justifico lo que viví, creyéndome lo que me dijeron?* Yo creo que son dos respuestas abismalmente distintas.

Hay una frase por ahí que escuchaba una vez que decía, si no puedes tener lo que quieres más vale querer lo que tienes, y a mucha gente le suena como justificación. Yo tengo la impresión que puede sonar como a justificación, pero si yo tomo distancia de lo vivido y me juego el pellejo en eso, a lo mejor me quiero morir diciendo no me arrepiento de nada de lo que hice y acabo justificándolo, pero qué pasaría, si en un acto de profunda reflexión interesante, dialogada con la historia y con la gente que quiere escucharlo, empiezo a cuestionar las historias que me cuentaron; no que me contaron sino que me cuentaron. Hace rato les dije de Joan Manuel Serrat, este es un extracto de la canción que él propone. Nadie me conoce, bueno creo que una o dos personas; no me pidan que se las cante porque se van a ir más rápido (risas) pero lean entre frases lo que dice Serrat en su canción:

Si se llevasen el miedo; Y nos dejasen lo bailado; Para enfrentar el presente

Y oigan las siguientes líneas:

Si se llegase entrenado

Pásense dos renglones:

Si se viviese entre amigos; Si fueran poniendo luces en el camino

A medida que el corazón se acobarda

Las dos frases de los dos párrafos con las que termina son:

Quizás al llegar a viejo; Sería más llevadero

Quizás sería más razonable Quizás sería más apacible

Quizás sería más transitible

Pasamos a la siguiente. La segunda parte de esta canción dice:

Si no se llegase huérfano a ese tramo

Esta se me hace una frase interesantísima:

Si se llegase a viejo

Acompañado por una de las personas más relevantes que muchos tenemos, que puede ser la progenitora o el progenitor, depende de la historia de cada quien y dice:

Si el alma se apasionase

*Si el cuerpo se alborotase
Y las piernas respondiesen
Si no estuviese tan oscuro a la vuelta de la esquina*
Y llego a la frase con la que empezaba hace rato:
*O simplemente si entendiésemos
Que todos llevamos un viejo encima*

La primera reflexión con la que quiero cerrar es ¿por qué no dialogamos con los viejos? Sea lo que sea y en el estilo que sea; hace rato alguien habló de aprender a cultivar el silencio; claro, hay que respetar el silencio, pero el silencio muchas veces se guarda cuando uno teme que si abre la boca alguien va a enjuiciar lo que yo digo, alguien va a descalificar lo que yo digo, alguien va a sancionar lo que yo digo. No obstante ¿qué tal si nos damos el chance y la oportunidad de dialogar, quitándonos los prejuicios, los supuestos de que no, entonces me engañaste? Espérate, espérate, voy a tomar distancia de mi vida y quiero nombrarla, quiero despedirme de la vida misma, no únicamente de las personas, quiero *reencontrarme conmigo mismo*.

Y una de las maneras de hacerlo, a mí se me figura, que es dialogando con sí mismo, dándole la vuelta a los silencios, por que a veces los silencios son por miedo a que alguien me juzgue. ¿Por qué no me doy el chance de nombrar?, ¿por qué no me doy el chance de decir?, y en este caso concreto, ¿por qué no me doy el chance de decir cómo fue mi experiencia de ser hombre y qué de lo que viví como hombre yo le contaría a mis nietos, a mis hijos, a mis amigos y a quien quiera escucharlo? Sabes qué, yo ya pasé por ese caminito, te paso al costo que esto que te contaron era puro cuento.

2. Me muero por ser hombre

Una de las cosas más impresionantes que yo conozco de los datos sobre salud y mortalidad de los hombres, es que los hombres nos morimos, básicamente por situaciones cercanas a la violencia, y por búsqueda de riesgos intencionales. Muchas de las veces porque no hay una legitimidad en auto cuidarnos; parece que somos viejas, putos, maricones, como quieran ustedes nombrarle, si soy capaz de decir me tengo que cuidar. No entonces eres frágil, eres débil, y entonces hay autores que yo conozco que han escrito textos que se llaman *Morir como hombre* y dicen algunos de ellos “los hombres se mueren porque son muy hombres”; hay quienes escriben que “la masculinidad es un factor de riesgo”, y no únicamente para los propios hombres, sino para cualquier persona que se cruce en su camino.

En este momento, 2008, las principales causas de muerte de los hombres jóvenes son los accidentes viales por ejemplo y muchos de ellos asociados al consumo del alcohol, y el alcohol no es una epidemia en el sentido epidemiológico del término, es una epidemia simbólica; yo me la creo que me hago más hombre alcoholizándome, porque vivo situaciones de riesgo. Yo no estoy de acuerdo con mi amigo cuando escribe *Morir como hombre*, yo varias veces le he dicho, aunque no suene muy académico lo que voy a decir que eso es morir a lo pendejo; es decir, busco situaciones de riesgo para legitimarme como hombre yo creo que en el fondo lo que estamos viviendo nosotros es que estamos muriéndonos por ser

hombre, pretendemos permanentemente buscar algo y hacer cosas para alcanzar y llegar un día a ser hombre.

El pequeño gran problema es que si lo vivo así, puede que cuando llegue a viejo ya deje de hacer aquellas cosas que me contaron que se tenían que hacer para ser hombre ¿y cuál es la consecuencia? Que siento que ya no soy hombre, porque ya no puedo hacer esto, esto y esto otro y se me hace que *más que acompañar al viejo en la depresión, porque ya se siente que no es hombre, sería más sólido, más rico, más sensible, decirle en eso no consistía la masculinidad, eso no era el meollo de la masculinidad, el asunto de la masculinidad tenía otras aristas, no las que te contaron, no las que enfatizaron.* El gran problema es que muchos de nosotros aprendemos a ser hombres contando nuestros días pero no porque se acerca la vejez, o porque se acerca la muerte, contando aritmética y narrativamente las aventuras y las experiencias de lo que hacemos, y creemos que en eso consiste una buena parte de nuestra masculinidad.

Una de las preguntas que valdría la pena que mucha gente nos hiciéramos, hombres y mujeres, es ¿qué es lo que nos hace ser hombres? Según la biología, con que yo tenga cierta genitalidad ya soy hombre; ahora que se insiste que antes de salir del lugar en que se nace, hay que registrar a la persona, a mi me preguntan, niño o niña, yo no le digo sabes que, espérate, déjame ver cómo se comporta, para ver qué le pones. No, le pongo la genitalidad como una caracterización de si es el sexo de un lado o del otro. El pequeño gran problema o la pequeña gran diferencia, cuando uno habla ahora entre sexo y género, es que la gente entrena a las personas en función de su genitalidad, para comportarse de cierta manera, y entonces resulta que aunque yo tenga cierta genitalidad, si no me comporto de cierta forma, ya no soy hombre.

Eso va a ser un problema si yo de repente no puedo hacer esas prácticas o no quiero seguir esas prácticas, y cuando uno llega a la vejez puede que haya cosas que aunque uno quisiera seguir haciendo, ya no puede, y no es que hasta entonces uno tiene que cuestionar la masculinidad. Yo abogo porque se cuestione desde antes, pero lo que sí creo es que *alguien que ha vivido un conjunto de años podría con mucha experiencia, cuestionar estos aspectos de la masculinidad que son puro mito.* Hay mucha gente que cree que la masculinidad estriba en los discursos que vamos aprendiendo o en los privilegios que vamos introyectando, y no sé qué tantas de las personas aquí presentes sepan que hace exactamente cien años, 1908, nació una gran feminista llamada Simone de Beauvoir. Esta colega lo que dijo hace como sesenta años es que no se nace mujer, se aprende a ser mujer; lo que paralelamente también dijo fue que no se nace hombre, se aprende a ser hombre.

Pero su gran compañero filósofo y de amores de muchos años, Jean Paul Sartre, lo que le añadió a la reflexión de Simone fue una cosa muy interesante; él decía si yo no nací hombre sino que me hicieron hombre, yo no soy responsable de cómo me hicieron hombre; ante eso algunas personas y sobre todo mujeres, podrían decir se está lavando las manos ¿no? (risas). Lo que Sartre decía no era lavarse las manos, lo que Sartre proponía era que si bien yo no soy responsable de cómo me hicieron hombre, de cómo me socializaron, de lo que sí soy responsable es de lo que yo hago con lo que me socializaron, porque tengo la capacidad de darme cuenta de eso.

Uno de los elementos centrales que vale la pena cuestionarse alrededor de la masculinidad y de manera particular cuando se vincula con la vejez, es rastrear en qué

momento aparece la misma, ya que si imaginamos que esto se da desde el nacimiento, como una especie de esencia o parte de la naturaleza de los hombres, no habría mayores cosas que cambiar de sus resultados o de sus comportamientos y cuando mucho habría la necesidad de cuidarse si de repente dichos comportamientos generaran resultados negativos. Sin embargo, si es visto como algo que se aprende como parte de los procesos de socialización, sería necesario *rastrear las formas del aprendizaje*, de la transmisión de normas, de estereotipos, de comportamientos y potencialmente tratar de influir sobre los mismos con el propósito de transformarlos, en particular por sus resultados negativos tanto para las mujeres como para los mismos hombres, y ello sería profundamente relevante de dialogar con los viejos.

Otra dimensión en esta búsqueda de interpretar el binomio masculinidad y vejez se refiere a las *contradicciones en el ejercicio de la masculinidad*, ya que se ha documentado que uno de los grandes miedos de los hombres es el no llegar a ser verdadero hombre. Incluso a las mujeres se les ha preguntado cuál es su principal miedo y es frecuente que aludan a la posibilidad de ser agredidas físicamente y de ser violentadas, mientras que los hombres por un aprendizaje permanente de competencia y sus modelos de socialización, comentan que *uno de sus principales miedos es el temor a ser humillado por otro hombre* y eso de alguna manera invisibiliza, silencia o pospone de manera indefinida otros temores, contradicciones y malestares. Es decir, el sentido de competencia en la construcción del ser hombre pareciera concentrar buena parte de la atención de los mismos, y descuidando, dejando de lado o dándoles un valor mucho menor a otras dimensiones relevantes de su cotidianidad. ¿Por qué no dialogarlo con los viejos, por qué no preguntarles a la distancia qué de los cuentos, qué de las historias, *qué de los modelos de socialización que fueron aprendiendo en su proceso de ser hombre, podrían cuestionarlo o podrían sugerir que se tomara distancia*, podrían decir simplemente en eso no estriba la capacidad de ser hombre?

Por lo mismo, la siguiente dimensión a ser considerada es *si es posible dejar de ser hombre*, como tantas veces se alude en las expresiones para descalificar los comportamientos de una persona; a pesar de que durante toda su vida aparentemente haya cumplido con los estándares de los modelos del género, es factible que por una sola ocasión sea nombrado como poco hombre. *Esto mostraría la fragilidad, la vulnerabilidad y lo profundamente cuestionable de ciertas definiciones vigentes sobre el significado de ser hombre*. Para esto habría que hacer evidente sobre qué se sostiene la masculinidad en los modelos de socialización y en el imaginario de mucha gente; podremos mostrar las nociones de competencia y valentía, lo de la sexualidad competitiva, la autoridad y el poder sobre otras personas, incluso el descuido de la salud a través de la temeridad personal y el pensar que los espacios laborales son el ámbito obligado, principal y a veces único de responsabilidad y de desarrollo de los individuos.

De ser esto cierto y de ser esto el modelo aprendido, cuando cualquiera de ellos empieza a ya no ejercerse, ya sea por convencimiento o por incapacidad física, es probable que la persona que ha introyectado esos modelos, que los ha asumido y que los ha repetido a veces sin cuestionar, realmente perciba que está dejando de ser hombre y que está dejando de valer como tal. Dicho en sentido inverso ya sea por el desempleo, ya se porque tiene que cuidarse, ya sea porque ya no tiene tanto poder de influir sobre otros, incluso quizá porque ya no es el proveedor principal o ni siquiera ya es proveedor, o bien porque ha

cambiado su modelo de sexualidad o su práctica, el ritmo del mismo; pareciera entonces posible cuestionar profundamente sus modelos de competencia.

Es frecuente que se mencione que si depositó toda su eroticidad en el miembro y este tiene cambios importantes con el tiempo, el hombre perciba que "ya no funciona", pero irónicamente si hubiera descubierto en el proceso de socialización que hay múltiples zonas eróticas en su propio cuerpo, no únicamente en el de sus parejas sexuales, como lo son las manos y otras partes del cuerpo, podría llegar incluso con mejores elementos a esa etapa ya que desgenitalizaría su eroticidad y seguiría incluso disfrutando de la misma. No que eso tenga que aprenderlo al momento de llegar a ser viejo, porque puede que lo viva como un mero consuelo, sino que incluso lo perciba como posibilidad de enriquecer su propia eroticidad pero desde antes de llegar a ciertas edades, donde la genitalidad reacciona de manera diferente.

Es interesante recordar el libro de García Márquez sobre *El amor en los tiempos del cólera*, y el personaje de Florentino Ariza, quien al poder convivir, interactuar con su enamorada de muchos años pero hasta que ellos son viejos, él le comenta que la ventaja es que *ya no tiene a nadie a quien impresionar, ya no tiene prisa para estar* y que al final de cuentas lo relevante de su encuentro sexual en ese momento es el hecho de vivirlo tan simple y tan sencillo como eso.

Con el fin de concluir esta segunda etapa de la reflexión, valdría la pena sintetizarlo pensando qué significa ser hombre en la vejez, por una parte ante la posible *pérdida de algunos roles que socialmente se le han construido a los hombres* como lo son el ser proveedor, el ser autoridad y el no tener que cuidarse. Luego se puede contrastar esto, que obviamente depende de un cierto modelo de masculinidad, con los cambios debidos a las capacidades físicas diferenciales en esa época de la vida, ya que entre otras cosas demanda un cuidado por la emergencia de diferentes enfermedades y deterioros o por cambios en el organismo. Es decir una negociación de la jefatura y del ejercicio de la autoridad, como diría Olivia Tena, simplemente porque otros personajes del entorno familiar pueden llegar a la edad adulta o pueden incluso haber cuestionado y tomado distancia de ciertos modelos tradicionales de ejercicio de la autoridad. También puede darse un replanteamiento del rendimiento sexual, tanto por experiencia como por respuesta física, pero de paso por la necesidad de ir replanteando el reconocimiento del dolor y de las reacciones corporales, a diferencia de lo que se pudo haber aprendido y vivido durante la adolescencia, juventud y otras etapas de vida.

Un elemento más de este *ser hombre en la vejez incluye obviamente las dimensiones positivas*, aquellos atributos, características y comportamientos que en ese momento se pueden incluso reafirmar como válidos, satisfactorios y destacables, ya sea por los modelos de socialización aprendidos en esa vertiente o por la capacidad de haber tomado distancia y un replanteamiento a lo largo del camino de la vida. De ahí la tremenda importancia de dialogar con la vejez, de nombrar la experiencia, de entender silencios incluso si estos pueden ser interpretados como un temor a ser cuestionado, enjuiciado, evaluado, pero incluso de *reconocer la responsabilidad que se puede estar asumiendo al nombrar, visibilizar y socializar, comportamientos que también pudieran haber sido muy cuestionables en su momento, pero que en una parte están profundamente condicionados por los modelos de*

socialización, a los que muchas personas no estamos entrenados al ser educados para cuestionarlos.

3. Los relatos de la masculinidad en la vejez

Una tercera etapa de estas reflexiones la propongo denominar los relatos de la masculinidad en la vejez; es decir, presentar una propuesta analítica para reconstruir por lo menos cuatro áreas en las que se podrían desarrollar investigaciones más sistemáticas para analizar el binomio que propone esta presentación. Curiosamente hay una obra derivada de la investigación y que acabó en una obra de teatro muy interesante, bajo el nombre de *Diálogos de la vagina*; es decir, como si una parte muy importante del cuerpo de las mujeres pudiera estar hablando, nombrando y pidiendo ser escuchada. Obviamente que esto fue construido a partir de dialogar con mujeres. Me pregunto si no sería posible intentar algo que podría denominarse *Diálogos de la próstata*, como si pudiéramos reconstruir lo que viven los cuerpos de los hombres pero desde *los más profundos secretos del mismo* y eso es una metáfora con el lugar mismo donde se encuentra dicha próstata. *¿Cómo escuchar los cuerpos masculinos, cómo pedirles que tomen distancia a pesar de que socialmente aprendieron a controlarse, a mostrar y aparentar que tenían el control de las situaciones e incluso a no saber que existe dicha próstata, dónde está, que hay que cuidarla y más aún, querer cuidarla?* Precisamente por los significados que tienen los modelos de socialización de género en los hombres, el cuidarse y por otra parte el tocarse en un lugar que se asocia con pasividad, con penetración y con posesión, esto es descalificado como una práctica de los hombres e imaginado más bien como algo que los hombres buscan hacer con otras personas, sean estas mujeres o incluso hombres.

En un contexto donde se investiga actualmente cómo evitar la difusión de VIH/Sida es frecuente que se indague por prácticas homosexuales y que posteriormente se haya tenido que modificar, preguntando por hombres que tienen sexo con otros hombres, y eso tiene que ver con respuestas de hombres que descalifican haber tenido, o descartan haber tenido relaciones homosexuales, a pesar de que hayan tenido sexo con otros hombres, ya que argumentan que el homosexual fue el otro, no ellos, ya que ellos penetraron, ya que ellos dominaron, ya que ellos "se lo cogieron". Es decir, de alguna manera ellos tuvieron el ejercicio del poder, la parte activa y por ende cuando se les sugiere la posibilidad de revisar la próstata y se les explica la forma de hacerlo, muchos de ellos lo trivializan y los descartan diciendo "¡qué tal que me gusta!", y lo que pocas veces esperan es que les contestemos que no importa que les guste, que precisamente si así fuera podrían haber descubierto un nuevo centro de potenciales eróticos en su cuerpo y al mismo tiempo se puede aprovechar para descartar y cuestionar esa reacción homofóbica ante los encuentros sexuales. De ahí la posibilidad incluso de cómo nombrar esos relatos de la masculinidad como *Diálogos desde la próstata*.

Estos ejes analíticos toman como referencia un trabajo de Miguel Ramos sobre masculinidad en la vejez.

(a) De acuerdo a esta propuesta, uno de los primeros elementos a ser explorados es el ámbito del *ser proveedor* en la medida en que este se modifica, precisamente por la incursión en esta etapa de vida, incluso al margen de la decisión puntual de dónde iniciarla.

Dada la gran relevancia que tiene el ser proveedor en diferentes procesos de especialización de género para los varones, la posibilidad de continuar con dicho rol o de perderlo o de modificarlo o de fragilizarlo, podría generar diferentes nociones de incertidumbre o de certezas así como influir sobre la noción de poder, de autoridad y de reconocimiento que se tiene al interior de los hogares.

(b) Una segunda dimensión sería el *tipo de relaciones que se establecen en el hogar* y cómo éstas se modifican por el incursionar, desenvolverse, desarrollarse y experimentar la vejez, en particular si el individuo depositó buena parte de su identidad en los espacios extra domésticos. Es factible que se sienta desvalorizado al tener que pasar mucho tiempo en el hogar, que se sienta incluso desadaptado o que incluso sea visto como un extraño y que él se sienta como tal, dada la poca familiaridad con la dinámica cotidiana de este entorno. Así como puede haber una intencionalidad de ejercer cierta autoridad o una dinámica distinta a la que regularmente se mueve, se maneja en ese espacio, es probable que ello se vea acompañado de una añoranza del poder, de una lucha por el ejercicio de la autoridad con otros actores relevantes en esa cotidianidad, pero incluso en la contraparte, de una sobreprotección de los hijos ante lo que se pueda reconocer como una incapacidad del viejo para insertarse en esa cotidianidad, pero incluso subestimando su interés o sus capacidades reales para hacerse parte más activa de la misma.

(c) Una tercera dimensión se centraría en analizar la *relación de la persona que llega a la vejez con diferentes personas más allá del núcleo familiar*, ya que puede que haya amistades, vínculos y relaciones que precisamente se sostuvieron por moverse cotidianamente en lo extra doméstico y que al dejar ese espacio se fragmentan, ya no se sostienen o incluso pueden derivar en cuestionamientos hacia quien ya no es parte de dichos arreglos sociales. Por otra parte es factible que algunas de las actividades que rebasan el núcleo familiar estén socialmente feminizadas en su percepción, y que por ende los vea como de un valor diferente, regularmente menor, como lo pueden ser actividades más altruistas, de cierto tipo de recreación, de ayuda a grupos religiosos o filantrópicos, o incluso de convivencia con vecinos pero sin necesidad de una noción de productividad o cuestiones laborales, sino simplemente por recreación y dimensiones lúdicas. Ello implicaría revisar los cambios en la noción del tiempo libre, del ocio y en general de la experiencia de las relaciones sociales más allá de los criterios laborales y de productividad o de ganancia económica. Sería necesario investigar cómo las construcciones de género condicionan accesos diferenciados a esos espacios extra familiares, ya que los resultados de Miguel Ramos muestran cómo esos podrían ser contraproductivos para los varones en la medida en que rehúsen acceder a actividades tales como el baile, los juegos, la biodanza y en general cualquier actividad del cuidado del cuerpo, por considerarlas eminentemente femeninas y a pesar de que por ello deterioren aún más o compliquen el cuidado de su salud.

(d) Una cuarta dimensión se centraría en la percepción que tienen los viejos sobre su situación actual, pero a diferencia de lo que propone Miguel, no únicamente en términos de su saberse viejo, si no de la valoración de la experiencia vivida. Es decir, una posibilidad de tomar distancia y de jugar con la memoria para explorar qué de lo vivido podría justificarse, podría repetirse, y qué sería cuestionable, o bien sostenible como una experiencia de ser repetida incluso. En buena medida se indagaría qué le recomendaría a quienes están construyendo su experiencia en otras etapas de la vida si se pusieran a dialogar con los

modelos de masculinidad aprendidos y con las consecuencias de los mismos, tanto en términos positivos como negativos o incluso dentro de la ambivalencia. Es decir, además de indagar qué sentido le dan a su vida en esa etapa y al futuro al margen de sus incertidumbres, es qué sentido le encuentran al pasado y a las posibilidades de rectificaciones, ante la posibilidad nada artificial por lo menos en la memoria, de poder volver a empezar en diferentes momentos vitales. En este ámbito es obvio que las dimensiones que podían, espontánea o artificialmente irse dividiendo o identificando, incluirían la dimensión de la salud, la dimensión de la seguridad económica, del desarrollo personal en los ámbitos que se consideran relevantes, de las interacciones con familiares y amigos, entre otros elementos a considerar.

Para sintetizar esa tercera dimensión quizá vale la pena proponer una discusión explícita sobre el peso y las influencias de las creencias de género y de sus aprendizajes en la vivencia de la vejez, cuestionando, evidenciando y documentando los prejuicios desde la masculinidad hegemónica pero al mismo tiempo las ambivalencias masculinas durante la vejez, dentro de las cuales se encuentra la búsqueda de mantener privilegios a costa aunque sea del malestar de los otros o incluso la experiencia de dolor, frustración o soledad a pesar mostrar cierto control de la situación, por el temor posiblemente a evidenciar la situación artificial en la que se pudo haber vivido a lo largo de la trayectoria personal, entre otros elementos a seguir trabajando.

4. ¿Podemos cansarnos de ser hombres?

Una cuarta dimensión a desarrollar trataría de responder a la pregunta de si podemos cansarnos de ser hombres, distinguiendo dentro de ello tres ejes centrales: el proceso de salud-enfermedad y la noción de cuerpo náufrago; el entorno de la sexualidad y la categoría de la virilidad mutilada y en tercer lugar la paternidad revisitada, tanto como abuelo que consiente y que flexibiliza los aprendizajes de su rol de padre, como en la medida en que puede ser cuestionado al ver a un hijo que ya es padre en su experiencia alterna a la propia o bien reafirmar sus seguridades y certezas, al verlo repitiendo ciertos esquemas y modelos de socialización que alguien pudo haber puesto en práctica al educarlo, socializarlo y al final de cuentas, enseñarle a ser hombre.

- a) Dentro de la primera variante sería interesante indagar sobre salud mental, sobre lo que algunos autores denominan necesidad insatisfecha a raíz de una demanda no reconocida o incluso el sentido de tocarse corporalmente para prevenir el cáncer, como uno de los riesgos de salud que se incrementan durante la vejez, en particular en el caso de la próstata.
- b) Esto estaría vinculado con el eje dos de la sexualidad y con su carga homofóbica así como su concentración en el miembro, en el pene, en la genitalidad, pero además en vivir la sexualidad o aprender hacerlo desde la lógica de la dominación y la posesión, lo cual generaría consecuencias contradictorias, por ejemplo al tratar de prevenir el cáncer de próstata, al tratar de contrarrestar las disfunciones sexuales y al articular si estas simplemente se ven como un cambio en la potencia sexual y en el ritmo de las erecciones.

c) En el tema de la paternidad, esta podría ser investigada a través de los malestares y desventajas que se tuvieron como hijo por el hecho de ser hombre, al vincularse o no con figuras masculinas y por otra, en las que se tienen ahora que se ejerce la paternidad o cuando se ejerció la paternidad en las mismas connotaciones. Es frecuente que se aluda a una violencia diferencial experimentada, a una falta de afectividad recibida, a un aprendizaje sexual ambiguo, forzado y solitario, pero a la vez, a reconocer que se carece de modelos a seguir en el ejercicio de la propia paternidad para buscar relaciones alternativas. Incluso se llega a cuestionar el trabajo obligado como una religión masculina, para cuestionar el comportamiento sexual como una presión personal, de pareja y social o hasta poca legitimidad para enunciar la reproducción obligada e impuesta, así como para ver la paternidad más allá de una relación de poder entre género y entre generaciones, en particular cuando se ve como una dimensión relacional como la proponía Foucault, en donde el poder se ejerce y se resiste al mismo. Por lo tanto sería interesante conocer la visión de las personas que han sido parte de este tipo de relaciones cuando tratan de tomar distancia de las mismas, cuando constatan la posible influencia de su ejercicio de poder y sus resistencias al mismo, en personas tan cercanas como son sus propios hijos o su respectivo padre.

Es factible preguntarse al final de esta serie de reflexiones si es posible realmente volver a empezar. Si se piensa a nivel individual se podría encontrar una respuesta, pero si se piensa como un continuo generacional seguramente la respuesta será diferente. Vale la pena entonces no dejar de insistir en las dimensiones contradictorias y ambivalentes que se viven entre el poder, la violencia y la soledad, así como en el silencio y la extranjería ante sí mismo, pero al mismo tiempo la riqueza del recuento vivido, el disfrute de los momentos lúdicos experimentados y la genialidad ante la posibilidad de tomar distancia y socializarlos. De alguna manera esto permitiría divertirse más y alimentarse como personas en un sentido histórico.

Terminamos señalando lo que Marina Castañeda apunta en la contra portada de su libro del machismo invisible, en términos de que en una sociedad machista todos somos machistas hasta las mujeres y lo piensa a final de cuentas por los modelos de socialización que aprendemos y repetimos. Además subrayamos la segunda parte de su propuesta, al afirmar que en una sociedad machista todos salimos perdiendo, hasta los hombres. ¿Por qué en lugar de ocultar esas pérdidas y de silenciarlas o pretender invisibilizarlas justificándolas, no las nombramos las sistematizamos e idealmente socializamos alternativas para su transformación?